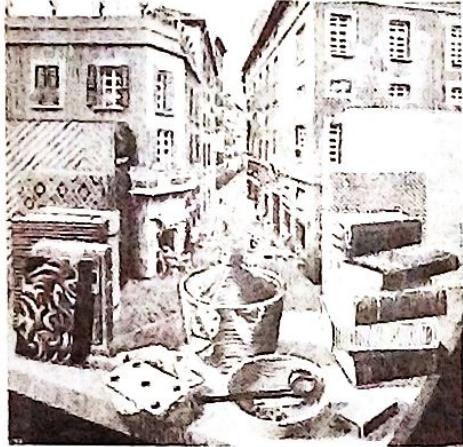




Dzhemal Topuridze:

## Nutsikó Emjvari



Nutsikó(\*) Emjvari había cumplido dieciocho años; en sus ojos negros brillaban chispas infantiles en tanto que sus manos y toda su figura sorprendían ya por su feminidad. Negros cabellos, recogidos en la nuca, dejaban entrever su cuello. Su paso era ligero, tan ligero que parecía como si Nutsikó no andara, sino que revolotease.

Había terminado ya la escuela. En la universidad se entusiasmó por la poesía y permanecía enfrascada en su lectura hasta altas horas de la noche. Y, además, soñaba. A veces en estos sueños no había nada de particular, pero al despertar, se sentía muy feliz.

A Nutsikó le gustaba mucho el teatro, le encantaba el olor mismo del escenario y procuraba comprar las entradas lo más cerca posible de la escena. Durante el espectáculo, Nutsikó no quitaba ojo a los actores y en los entreactos miraba atentamente a las mujeres elegantes, adornadas con ricas joyas que se abanaban con blancos abanicos y charlaban largo rato, unas con otras.

Nutsikó había sido educada por su abuela. La muchacha se parecía mucho a su madre que era joven, bella y llena de vida. Cuando Nutsikó tenía quince años, repentinamente la madre murió de un ataque cardíaco. Su muerte fue inesperada para todos, ni siquiera sufría. Nutsikó no recordaba a su padre, y la abuela había criado a la muchacha huérfana en una casa enorme, donde había un viejo piano de madera roja y muebles antiguos con unos ajados sillones de terciopelo verde. En las ventanas colgaban unos cortinajes gruesos, pesados.

A veces los compañeros de Nutsikó iban a su casa. Los de primero procuraban comportarse como adultos y charlaban con ponderación. Después pedían a Nutsikó que tocara algo y ésta interpretaba con sus finos dedos alguno que otro olvidado vals ruso.

Cuando Nutsikó se quedaba sola en casa, entreabriá con cuidado la puerta del cuarto de su mamá, iba hacia el armario y empezaba a tocar delicadamente los vestidos que conservaban todavía el suave aroma de los perfumes y del cuerpo de la madre.

Luego se ponía un vestido cualquiera, se volvía frente al espejo y contemplaba la fotografía de una mujer con cuello de cisne que se reflejaba desde la pared. Y entonces lloraba en silencio, porque sin la madre todo era muy triste.

Al principio los estudiantes admiraban en público la belleza de su amiga, pero después dejaron de hacerlo, ya que uno de ellos se enamoró de Nutsikó.

A ella también le gustaba Guram, o en cualquier caso, le había escogido entre los demás. Guram era alto, tenía un rostro infantil y unos negros ojos tristes. Un día, cuando estudiaban para los exámenes, después de las clases vespertinas, en la universidad, Guram acompañó a Nutsikó hasta su casa. Durante todo el camino estuvieron hablando de muchas cosas, de vez en cuando se quedaba cortado, como temiendo algo, hablaba confusamente y de pronto, parados ya en la entrada principal, la besó en la mejilla, cerca de los labios.

Y ahora en sus sueños Nutsikó no se separaba de Guram e incluso lo besaba. Y al cabo de algún tiempo se besaban ya en la realidad, sintiendo vergüenza sin saber de qué y sonrojándose de confusión y placer.

A veces ella iba a casa de Guram. Las paredes de la única habitación habían sido blanqueadas; en un rincón había una cama de hierro. A su lado, una pequeña mesita donde a menudo quedaba un cenicero lleno de colillas. Los libros estaban por el suelo. Un reloj de pared estropeado señalaba eternamente las doce. Dos de las paredes estaban completamente cubiertas con los dibujos de Guram y entre ellos sobresalía una "Naturaleza muerta con flores" que un pintor francés había regalado a su abuelo, cuando éste estuvo en Francia, en su juventud.

A Nutsikó le gustaba mucho esa naturaleza muerta, muy a menudo se acercaba a la pared, tocaba cuidadosamente el dibujo y retiraba con brusquedad la mano como un niño que hubiera infringido una norma.

—¿Por qué me gustará tanto ese dibujo? —se preguntaba. El caso era que cuando por primera vez había besado a Guram, ella miraba estas flores.

Por la noche no durmió y a la mañana siguiente fue a casa de Guram, sin hacer ruido se acercó a la cama y lo besó en la sien. Guram abrió los ojos y en ellos se reflejó Nutsikó. Llevaba un vestido rojo con un gran cuello blanco, los ojos le brillaban. Nutsikó se sentó en el borde de la cama.

—Quiero calé —dijo y de corrido añadió— yo misma voy a prepararlo.

Se levantó de un salto y corrió hacia el hornillo. Guram siguió con la mirada las esbeltas piernas que tan ágilmente llevaban a su dueña.

Ella se volvió y lo besó largamente. Unas manos desabrocharon precipitadamente los botones del vestido rojo. «El café se está saliendo», dijo quedamente Nutsikó y aunque todavía quería añadir algo más ya no pudo. Sintió con la mano el frío de la cama de hierro. Tuvo vergüenza. Después sus ojos dieron con el querido dibujo. Lo perdió. Lo encontró de nuevo, éste se balanceó en la pared unas cuantas veces, se alejaba, empequeñecía y, por fin, desapareció. En la habitación se oía sólo el chirroneo del café derramándose.

Lo más maravilloso en la vida de Nutsikó Emjvari fue una tarde de enero. Nevaba. A la clara luz de un farol de la calle se veía cómo caía la nieve en forma de grandes copos. Todo estaba muy tranquilo, como sucede solamente cuando nieva. Nutsikó estaba tocando algo al piano y sintió que alguien la miraba. Se dio la vuelta en el laburete redondo. Guram llevaba una camisa negra y una cazadora color canela con el cuello bien apretado. Y en aquel instante, Nutsikó comprendió más claramente que nunca que no podía vivir sin él. Se echó al cuello, lo besó en la mejilla y lo gustó que estuviese tan frío, como si hubiera traído consigo el frío y el invierno.

Se sentaron los dos a la mesa redonda. Nutsikó deseó que este momento no terminara nunca, que ella se mirara siempre en los ojos negros de Guram y que éstos fueran siempre tan jóvenes como ahora.

—¡Cásate conmigo!, dijo Guram cuando Nutsikó menos lo esperaba. Ella se echó a reír, también él quedó desconcertado. «Ahora no, mejor en verano», decidieron.

En verano la estación era toda una polvareda, gritos y un bochorno terrible. Allí se agolpaban hombres, mujeres y niños, soldados y civiles. Los vagones estaban hasta los topes de soldados. La mujeres besaban a los hombres vestidos con capotes militares y lloraban. Las notas de una banda que sonaba por el altavoz no conseguían tapar el ruido. Nutsikó estaba con sus compañeros junto a un poste de madera. Entre ellos había unos cuantos soldados. Uno estaba a su lado. Era el más alto de todos, tenía unos ojos negros y tristes. Nutsikó le cogió la mano y callaba.

—¡A los vagones!, gritó alguien. «Sé que me esperarás —le dijo, besándola en los ojos—, tú cuídate, ¿me oyes?» Se subió de un salto al vagón, después se abrió paso entre los demás muchachos, se plantó de nuevo en el andén y besó aquellos ojos húmedos: «Vete a vivir a mi casa... Di algo, ¡por favor! —le pidió—. Y si me sucede cualquier cosa, guarda nuestro dibujo.» Alguno le metió a empellones en el vagón. Entre otras mil, ella distinguió su delgada mano que lo hacía adiós. Nutsikó lloraba en voz baja. El tren arrancó lentamente, llevándose a todos consigo.

En septiembre del cuarenta y dos, Nutsikó recibió el certificado de su muerte.

Pasó un tiempo. En sus ojos no había ya aquella chispa infantil ni su cuerpo era tan ágil. Contemplaba como antes el dibujo, pero ya nunca soñaba ni quería despertarse.

Pasaron varios veranos. Conoció a un ingeniero y se casó con él. Vivió durante un año en otra ciudad con esta persona que, en

realidad, lo era extraña hasta que sin poderlo soportar por más tiempo, regresó a esta pequeña habitación.

«Es algo rara», declaró Nutsikó Emjvari. Y alguien comentó: «Está así desde lo de aquel chico, no consigue volver a ser la que fue. Desde que se casó parecía que ella había cambiado, pues hace ya quién sabe cuánto tiempo de aquello. Mas no. Es extraña de verdad.» Más tarde, nadie recordaba el nombre ni el apellido de Nutsikó Emjvari; si alguna vez salía en una conversación, decían: aquella bonita, pero extraña mujer que vive sola.

Cumplió los cincuenta años; estaba sentada en el sillón de su cuarto. El reloj de la pared, como siempre marcaba las doce. Junto al reloj estaba colgada la "Naturaleza muerta con flores". Nutsikó dormitaba y en la oscuridad decía a alguien: «Vendré pronto. Le despertó un dolor en el corazón. Intentó levantarse un poco y por fin lo consiguió. Inesperadamente el dolor desapareció y se llevó consigo todas sus fuerzas, de tal modo que resultó incluso agradable. Nutsikó miró hacia las flores, sonrió con cansancio y, dejándose caer en el sillón, comprendió que no se levantaría nunca más.

Llovía. El cielo estaba como ennegrecido y por el suelo rodaban amarillentas hojas húmedas. Una tela gris tapaba la cara y el cuerpo de Nutsikó Emjvari. Los enteradores habían acabado ya de pasar las cuerdas por debajo del féretro y se preparaban para bajarlo, esperando una señal. Había un silencio absoluto, como sólo existe en los cementerios. A lo lejos sollozaba una mujer.

—¿Cómo le quiso siempre? —Te acuerdas? —dijo un hombre alto y cano dirigiéndose a una señora delgada que sostenía un paraguas.

—No me lo recuerdes... —respondió.

—Con lo bonita que era! —dijo el hombre y añadió—: Pobre Nutsikó.

—No, no era una persona normal. ¿Acaso es posible amar hasta ese extremo? —la mujer se secó con un pañuelo los ojos sin ni un asomo de lágrima y siguió—: ¡Señor, perdóname, soy una pecadora!

En la habitación de Nutsikó colocaron una mesa con vino y comida. Unos periódicos cubrían los bancos de madera.

Cuando el velatorio terminó, los vecinos, aún por largo tiempo, se juraban amor eterno. Después se dispersaron, cada uno a su casa.

Impregnado de olor a vino y humo de cigarrillos, en la habitación quedó sólo la "Naturaleza muerta con flores".

(\*) Nutsikó Apelativo cariñoso de Nutsa



Dzhemal Topuridze (Georgia, 1949 - 1978)  
Trabajó en el Instituto de la Literatura Georgiana

